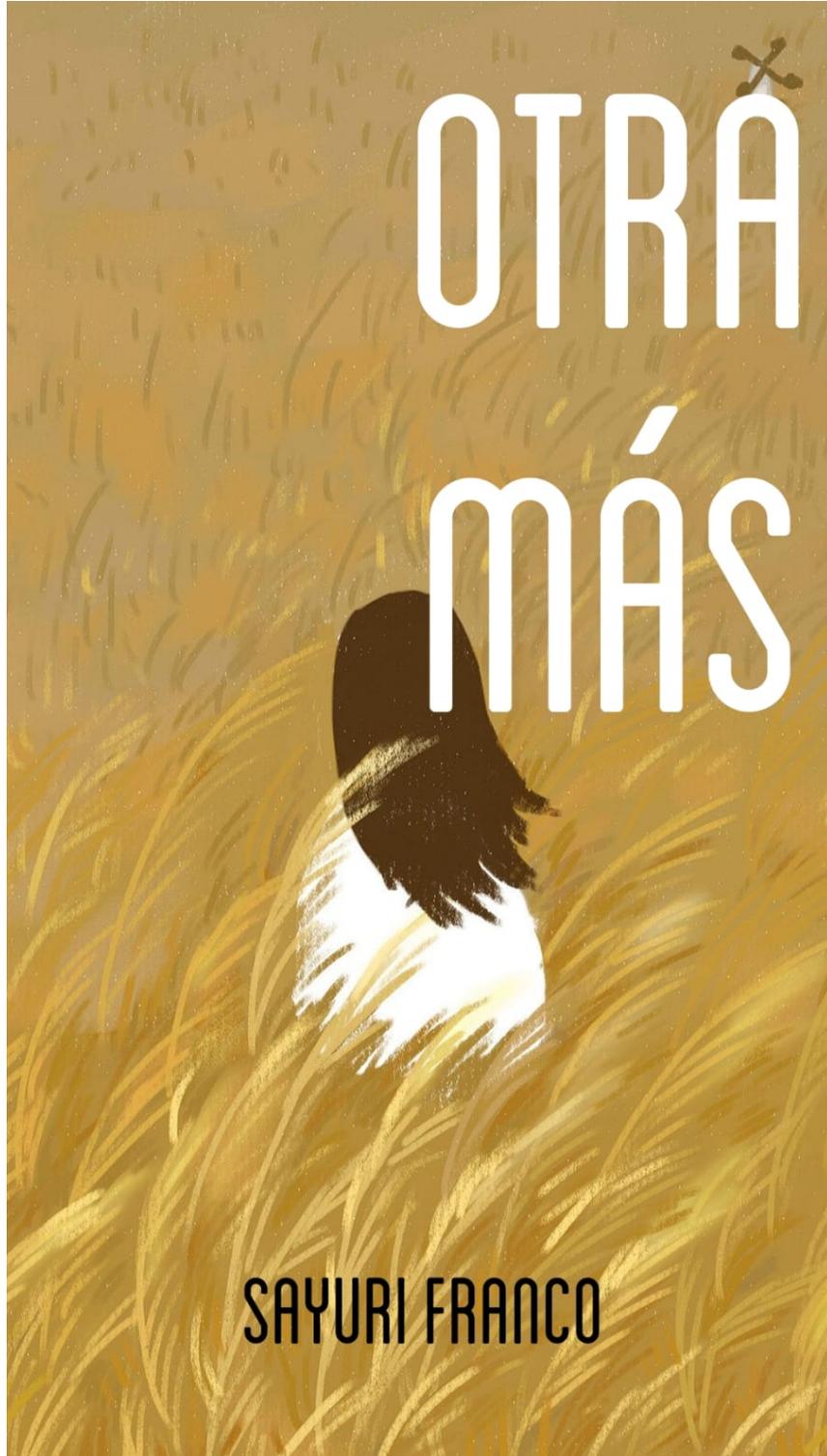


Otra más

Sayuri Franco Osorio



Capítulo 1

OTRA MÁS

Sayuri Franco Osorio

Calurosa tarde de verano, un embuste del destino con sus nubes aborregadas; ser infalible que la acompaña en su recorrido, con aquel atuendo de ilustre sencillez, íntimamente cómodo. La coleta en alto. La sonrisa perfumada. La mujer residiendo en ella, acercándose a una espiral.

Cuerpo desbaratado en una callejuela oscura. Los ojos sangran y las memorias vienen.

Calurosa tarde de verano. Su padre yace en frente de un escritorio, despidiendo sudor y ansiedad con las manos en el teclado. La foto lo mira. Él mira la foto. Es la única salida que se puede permitir. Sin descanso, hay que seguir, tiene que labrar y respirar por los que lo que esperan en esta inexorable vida de riesgos y tiempos.

Trabajo, trabajo, trabajo.

Dinero en la mesa.

Un incomparable sentimiento de esperanza amenaza con terminar más pronto su tarea matutina. Ella aún no se ha quitado los frenos y está muy pronto de terminar la carrera; llegar a la meta. Lo invade el orgullo.

Termina pronto papá. Desfallece y vuélvete armadura. Existe un futuro lúgubre que no permite ver más allá.

Las manos sucias. Una uña partida. Se había hecho la manicura el día anterior, con el cabello siempre amarrado, con las mejillas sonrojadas, con los labios enteros.

“Esa niña no es mía” pensó, “ella siempre se amarraba el cabello”.

Y coleta en alto danzaba a su destino. Propio, altanero. Otro día como todos los días, aunque ahora no era como uno de esos días: aburridos, despreocupados; joviales.

Practicando su belleza interior.

Su madre lo sabe; sabe que es ella. Antes de verla, recuerda que pasó esa mañana con sus padres: repartió cariño y bondades, respuestas al futuro, ¡qué bien se veía! ¡Qué bien andaba! En el bolso traía el escapulario, las libretas, las anotaciones; ¿a dónde iría? ¿Qué iría a conocer?

La cabeza agrietada de esa criaturita... ¿Cómo predecir el acontecimiento?

Oh, calurosa tarde de verano. Las fotos yacen encima de los estantes, incómodas y sedientas. Quieren ser vistas, quieren ser tomadas, lloradas y acariciadas. Los recuerdos despiertan, nunca antes vistos con singularidad. Sonrisas rotas. Una niña que ya no está.

Posición perturbadora. Ni acostada, ni de lado. Muñeca de trapo. Mirada vacía. Tenía planes, y los iba a conseguir. Tan dura es la vida, tan fuerte es el golpe. No hay nada que hacer.

Tenía preparado ciertos propósitos bajo la manga, idílicos y gratificantes. Sueños lejanos, algunos inalcanzables. Fueron suyos, puestos en mano y alzaron vuelo a tan solo unos metros, dejándola atrás sin posibilidad de regreso.

Ya no hay niña que los ansíe.

Ahí se veía en sus fantasías, sentada y posando en la fotografía de graduación. Ahí estaba, hasta puede tocarse la esencia de algo estar; en una mesa de cafetería, esperando y rezando a que el tiempo no la controle. Paciencia, resultará: en cambio, él vendrá. Y puedes correr sin saberlo, pues el misógino no aparenta.

Pero, ¿qué sabías tú? Había opciones que no se explicaron, que no debían de existir.

Mira, ahí estaba. Imaginándose vestida de blanco cual romántica era. La época cambiaba, pero sutilmente ella se negó. Tradicional su ser era, como todos los demás. Quiso, luchó, sonrió por ello hasta que sus días empezaron a contarse.

Familia, no malintencionada, lo advirtió: ten cuidado y cuidado tendrás, pues en esta tierra de promesas e infames desgraciados andando a su libertad, nada cuentan ni se sacian, y en ti terminarán. Ten cuidado, niña linda, ¿no ves que tan horrible es escapar con el suspiro mortecino de que tarde llegas? Y no contestas. ¿A dónde fue y qué camino tomó como desviación? Ella siempre recelosa, nunca haría tales actos.

Pero ella conoció, dentro de su desgracia. Saludó y miró.

Papá, mamá. ¿Vieron lo que sucedió? Culpa echada al fondo del mar, escondido bajo la arena, sin querer mirar. Y lentamente brotan las dudas.

Lenta, perezosa pero tercamente nacen las preguntas. Miradas silenciosas, abrazos eternos y sólido bienestar que ya no será. Que quizá vuelva, pero seguros que nadie lo aceptará. Ni esa familia ni aquella otra.

¿Por qué ella y no alguien más? ¿Por qué ella, y dónde está?

¿Por qué, humano? ¿Por qué la crueldad?

Pasitos pequeños. Lloran y revocan. Huye con la sombra ominosa detrás, sin que nadie vea ni preste solicitud de humanidad.

Cuerpecito inocente, en manos grandes y ásperas. Lugar inadecuado para implorar. Miedo emerge, y el futuro se desvanece.

No es conocida. No es descubierta. Vida que quiso, que luchó, que sonrió por ello. Vida que anheló otros errores y premios. Ahí va, vida que no se cumplió, cargada con descuido y efusividad. Dispuesta ante otro que arrebatara la vida, los sueños, las personas. Ser que no siente. Ser que no vive.

Ser insaciable. Y ahí va otra más.

El mundo pierde color y llora la pérdida muda. Uno grita de alegría y otro grita de dolor; puestos opuestos que jamás se conocerán. No están conscientes de la realidad. No interesa y no importa. Son cosas que pasan, cosas que acostumbran a suceder en esta tierra. La carretera de la vida puede seguir sin precaución. Los coches avanzan, el cielo cambia, alguien nace, alguien cree. Alguien mira y solo eso; no le incumbe y no está en necesidad.

Es noticia vieja, ahí viene lo mejor, más interesante y lo que vende. Sustituye a la flor. No lo sienten, no les duele. No es su vida y se acabó.

Y llora. Se desgarrar. La situación es atroz.

Papá trabaja, mamá descansa, y ella se despide sin poderlos siquiera abrazar. Sigue entrando el salvajismo a su cuerpo, pernicioso e incesante, y se le escapa la imaginación. Un futuro que ya no es de ella, que no le pertenece más. Coleta alta, y sudor la empapa, ¿qué más da? Aquello lo esperaba en una cama de hospital, creando, cerrando puños, gritando para amar a quien esperaban sus brazos proteger.

No aquello. Eso no era suyo. Aquello no debía venir a ella. Aquello la persiguió, durante días, meses; se arrastró bajo sus sábanas rutinarias y la miró. Se le antojó, por ser ella, por vivir. Por tener sueños e inquietudes, por querer ser y no desvanecer.

A quemarropa se extingue, disculpándose su alma. No por el camino que tomó ni las decisiones que la llevaron a recostarse ante su tumba, invisible. Nada, ni por una fracción, se arrepintió. La desilusión, la resignación, eso sí; una batalla antes compuesta en el cual se proclamó un ganador sin advertir.

Papá, mamá, ¿qué será de ella? Huirá tan lejos y a la deriva, deseando que la olviden y a ese dolor que les tuerce el pecho. No reculen ni intervengan de más, iese quisiera, pero cómo duele, como arde el rapto! Deseando ser la última.

Niña con esperanzas, todo deja atrás.

Calurosa tarde de verano. Ya anochece. No sirve, ya se fue. Peligro la abatece. Rompe, corta, cual chasquido termina. La bota, la deja cocer; esconde el arma y ahí también se fue.

Padre sale y camina, silbando y feliz. Otro día normal, corriente, esperando el mañana. Verla vivir es una prioridad por encima de su cansancio. Nada importa, mientras ella está.

Pero ya la quiere ver. ¿Qué cosas nuevas experimentó? Y sobre todo, ¿cuánto creció?

Madre llega, abre puerta y solo le falta esperar que cruce el umbral. Que una llamada no llegue y ella tenga que marchar. Que papá no se entere; le dolerá. ¿Cómo sobrevivir a esto y en qué manual se aprende; en qué renglón se tacha lo más importante para prepararse a una adversidad de este tipo?

¿Cuándo les dijeron que podía haber hasta una mínima de posibilidad?

Infelicidad en tarde de verano llega sin que nadie la busque. Sin querer terminar, deben confirmar entre las lágrimas y los atroces puños apretados.

¿Es suya?

Lo siento. Otra más.